

Efectividad del deleuzismo

El 27 y 28 de septiembre se realizaron en la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires las Jornadas Internacionales *Efectividad del deleuzismo*. El objetivo de las jornadas consistió en someter a la filosofía deleuziana a su propia pregunta. Todo filósofo inventa una pregunta o le da carácter filosófico a una pregunta. Así Platón pregunta *qué es*: qué es lo bello,

qué es la virtud; Kant pregunta cómo es posible: cómo son posibles los juicios sintéticos *a priori*, cómo es posible que el conocimiento tenga forma sistemática; Nietzsche pregunta *quién quiere*: quién quiere preguntar qué es, quién quiere preguntar cómo es posible. Deleuze pregunta *para qué sirve* o *cómo funciona*: para qué sirve Edipo; para qué sirve la filoso-

Conferencia de Robert Porter



fía. ¿Para qué sirve el deleuzismo? ¿Cómo funciona?

Una respuesta bien concreta la proveyó Ian Buchanan haciendo el análisis del *Brexit* a partir de la filosofía política deleuziana y, en particular, de la distinción entre una dimensión molar y una dimensión molecular. No, los británicos no *quisieron* irse; *desearon* irse. No es una cuestión de interés, sino de deseo. De hecho, no les convenía irse. Pero lo deseaban. Y en tanto la política no se piense como cuestión de deseo, las contrapolíticas basadas en el interés permanecerán ineficaces. Además de insistir en la importancia de la creación de instituciones, especialmente para Félix Guattari, Buchanan recordó la fe que depositan ambos filósofos, en su última colaboración, en la creación estética, científica y filosófica.

Pero a veces es esa solución la que parece ineficaz, tal vez por alejarnos de la esfera política tradicional. De aquí la importancia de la presentación de Julián Ferreyra que no sólo mostró cómo, en la filosofía política deleuziana, el Estado no es el mal, sino que incluso puede constituir una de las posibles encarnaciones de la misma Idea que se actualiza en los perceptos del arte, las funciones de la ciencia y los conceptos de la

filosofía. El Estado no es sólo el cómplice de la ciega reproducción del capital, el instrumento todavía tangible de un sistema anónimo, sino también una de las formas que puede adquirir esa resistencia que todavía debe ser inventada.

En un punto, es cuestión de fe. No en un más allá, en otro mundo, sino en este, en su porvenir. Hay que creer en este mundo. Es lo que decía Deleuze en el segundo volumen de su estudio sobre el cine. No se trata de *pensar*, como lo hacen la ciencia, el arte y la filosofía, sino de *crear*. Es un momento extraño de su obra, que siempre distinguió el pensar del creer, el pensar este mundo y el creer en otro como la filosofía de la religión. La fórmula *crear en este mundo* habilita sin embargo un cruce novedoso entre ambas cosas. A mostrar en qué consiste se dedicó Marcelo Antonelli que, en discusión con Quentin Meillassoux, explicó que si se limita la creencia a otro mundo y el pensamiento a éste, jamás podrá obtenerse esta curiosa religiosidad deleuziana de una creencia en este mundo.

Visto por el no creyente, el creyente es quien cree en lo que no existe. Tal el supersticioso para la filosofía de la Ilustración. ¿Quién es el que no cree en lo

que existe para quien sí cree en lo que existe? A juicio de Axel Cherniavsky, el idiota. En efecto, la obra de Deleuze permitiría construir una definición que arranca la idiotez a la negatividad del pensamiento y al pensamiento privado, a la psiquiatría experimental y a una filosofía que, si bien no ve en él una patología y que incluso llega a erigirlo en heterónimo del filósofo, desde un punto de vista lógico, lo sigue definiendo como oposición a una forma del pensar. El idiota no sería quien no piensa. De hecho, no tendría nada que ver con el pensar. Sería quien no cree en este mundo, probablemente por estar en otro. Es el hecho de quienes atrasan, sin dudas. Pero también de quienes adelantan, de quienes, por ejemplo, forjan los conceptos que se van a utilizar por los próximos 50 años.

Participaron de las Jornadas David Savat de la Universidad de Western Australia y Robert Porter, de la Universidad de Ulster (Irlanda). Savat presentó los elementos principales de las tesis de su libro *Uncoding the Digital: Technology, Subjectivity and Action in the Control Society* (Nueva York, Palgrave Mcmillan, 2013): una aplicación del texto de Deleuze sobre las sociedades de control al contexto actual de

masificación de Internet y las tecnologías; planteó tanto las desventajas como las posibilidades favorables para la sociedad y la educación de los regímenes de *modulación*. Porter realizó un trabajo concreto de aplicación de conceptos deleuzianos a la vida cotidiana, en relación con Kierkegaard y Vaneigem.

Cristina Póstleman abordó la posibilidad de una resistencia anticolonial *a pesar* de algunos rasgos colonialistas que detecta en Deleuze. Belén Ciancio y Fernando Mazás dedicaron su atención a la relación de Deleuze con el cine, y Patricio Landaeta Mardones vino desde Chile para realizar una apuesta por el Deleuze más revolucionario: se ocupó de mostrar que, entre el método (considerado como conjunto de reglas aplicable invariablemente a cualquier materia) y su negación absoluta, hay una tercera posibilidad, una alternativa a la alternativa: la noción de diagrama. El diagrama constituye en sí mismo una crítica del método como garantía para, por ejemplo, distinguir lo verdadero de lo falso. No es sin embargo sinónimo de caos, anarquía o improvisación. Consiste en una práctica modulable por la cual, conectando componentes en principio lejanos, se obtiene



Arriba: conferencia de David Savat
Abajo: conferencia de Axel Cherniavsky

un resultado que no se agota en la suma de las partes.

El encuentro permitió volver sobre ciertas delicadas cuestiones del pensamiento deleuziano para precisar su especificidad. Así, Francisco Naishtat situó la interpretación deleuziana del eterno retorno respecto de la forma que toma la hipótesis en Auguste Blanqui. El razonamiento del político francés es muy sencillo: si el tiempo es infinito y los elementos son finitos – y de acuerdo con nuestra química lo son –, una vez agotadas todas las combinaciones posibles, no pueden más que repetirse

eternamente. Muy distinta es la interpretación que hace Deleuze del concepto nietzscheano en *Diferencia y repetición*: lo que se repite no es lo mismo, sino lo diferente. La experiencia no es otra cosa que un proceso de diferenciación y lo que llamamos “repeticiones” son, de acuerdo con un verdadero empirismo, variaciones, aunque sean infinitesimales. ¿Se opone el proceso de diferenciación a todo tipo de reglamentación, de regulación? Es lo que creen las lecturas que consideran a la creación –en el arte, en las ciencias, en la filosofía– incompatible con el método.

Estos temas y problemas ocuparon las presentaciones y debates de las jornadas, construyendo y comunicando diferentes espacios desde donde responder a su pregunta motriz. ¿Cómo funciona el deleuzismo? En permanente actividad de conexión y apertura: modulando, ramificando, sintetizando, cruzando y volviendo a ramificar múltiples aspectos del filosofar sobre nuestra experiencia efectiva: desde las urgencias políticas a los análisis estéticos, los debates ontológicos más recientes y los más clásicos, las problemáticas de la sociología, la tecnología y la pedagogía contemporáneas... Deleuze estuvo en funcionamiento.